

Luis García Montero

Ángel González

Tras 25 años de escritura poética, L.G.M. publica todos sus versos (con mínimas omisiones) reunidos en este volumen. Ya era hora. Pudo haberlo hecho antes, pero prefirió esperar (pienso yo) a que su corpus poético tuviese la densidad y extensión suficientes para entender la entidad, la coherencia y sobre todo la continuidad del personaje poético que sus versos definen: un modo peculiar de comprender el mundo, un punto de vista que abarca muchas cosas.

En poesía es importante saber de quién es la voz que oímos en el poema, quién habla en él. Hablando no sólo se entiende la gente. También se entiende a la gente, se sabe quién es quien. Y sólo así, sabiendo quién nos habla, podemos interpretar correctamente lo que escuchamos.

También es importante saber, para el buen entendimiento entre poeta y lector, desde dónde nos habla ese personaje creado exclusivamente con palabras, su lugar en el espacio y en el tiempo.

L.G.M. es consciente de la importancia de esos problemas, y él mismo, en sus comentarios en prosa a su propia obra, nos desvela algunas características tanto del personaje que habla en sus versos como de el lugar desde el que habla, cuyas fronteras traza en el prólogo a la última sección de Poesía, titulado significativamente «Además», adverbio que significa con demasiada o exceso.

«Mi poesía es un país humilde de la Europa mediterránea, con ciudadanos educados pero muy vitalistas y enamoradizos, que limita al norte con la vanguardia, al este con la poesía social, al oeste con la retórica clásica y al sur con el mar de las letras de tango o de bolero y con las canciones de J.S.».

Esos límites o fronteras están establecidos por los libros de diversas épocas que recoge la parte final, «Además»: la inmersión

en la vanguardia se advierte en y *ahora ya eres dueño del puente de Brooklyn* (1980), el tratamiento del tema social (o político) es central en el libro *En pie de paz* (1985-2005), y la retórica y las formas clásicas dominan toda la estructura de *Rimado de ciudad* (1981-1995). Esos puntos o líneas fronterizas penetran, debidamente dosificados y atemperados, en el ámbito estilístico que es propio del poeta L.G.M., creando un espacio o «país» claro y habitable, muy rico en motivos y sugerencias. A todo ello hay que añadir una actitud que no dudo en calificar de realista. El realismo es un término para algunos maldito, denigrado por los que creen o se obstinan en mantener que los autores realistas se limitan a reproducir directa y groseramente la realidad. Pero «esto no es una pipa», como escribió cierto pintor en un cuadro que representaba una pipa, para señalar la distancia que medía entre lo pintado y lo vivo. «Apostar por el realismo» –puntualiza el propio L.G.M.– «no significa creer en una copia espontánea de la naturaleza, sino el intento consciente de crear artificios con apariencia de realidad, crear las condiciones de que el lector pueda vivir el poema, reconocerse, identificarse con él. La conciencia del artificio textual es imprescindible, aunque debe tratarse de una sabiduría secreta...». El realismo de L.G.M. se percibe en la cotidianidad de los motivos y situaciones que el poema plantea, en la porosidad de la textura, que permite que la vida penetre en los poemas, y en la naturalidad de su lenguaje, en apariencia directo, aunque diste mucho de serlo. L.G.M. elabora su ideolecto lírico sobre el modelo de la lengua hablada, coloquial, y así consigue una dicción enormemente expresiva y creativa, esmaltada de frecuentes metáforas e imágenes sorprendentes. No de otra forma se comporta la lengua coloquial en su evolución y crecimiento. Piénsese en expresiones tan comunes como «beber los vientos» por alguien para entender la potencialidad imaginativa de la lengua llamada ordinaria, y la carga de irracionalidad y de belleza que conlleva. Por utilizar la lengua de todos como materia básica de su trabajo, también (o sobre todo) puede calificarse de realista la poesía de L.G.M.

Una última apostilla acerca del hablante o personaje poético que se manifiesta en los versos de L.G.M. que, según él mismo

confiesa, es un personaje diseñado con la intención «de definir históricamente al individuo haciendo saltar por los aires las barreras de lo privado y lo público». El resultado es que el poeta no atiende únicamente a su intimidad, sino también a lo otro y a los otros, y a los problemas y preocupaciones de los otros, de todos. Esta peculiaridad del personaje se percibe en toda su poesía, pero especialmente en *Completamente viernes*, que por ser un libro de temática amorosa parecería obligado a limitarse a la expresión de sentimientos íntimos. Pero para hablar de amor, de un amor concreto y verdadero, LGM no se limita a mirar a su corazón. Son muchas y muy diversas las cosas (objetos, ideas, sucesos, el tiempo, la Historia) que están implicadas en su amor, que lo definen y determinan, a la vez que ese amor suyo afecta, modifica o confirma la realidad de todas esas cosas. La mirada a su propio corazón no le impide contemplar el mundo, muy al contrario, es un estímulo para tenerlo presente, intensifica la conciencia de estar en el mundo y de pertenecer a él, conciencia que su vez refuerza la fidelidad y la pertenencia a la amada. Pues –como le dice a ella en unos versos del poema «Cartas»– «soy más tuyo cuando soy del mundo [...] / y más del mundo cuando soy más tuyo».

Por algunos de los extremos que he señalado, y por otros que omití, la poesía de L.G.M. tiene una doble recompensa: mucho prestigio y muchos lectores. Algo que sólo se puede decir de muy pocos poetas ©

